

5 HC



CUADERNOS DE HISTORIA INSTITUTO DE ARTE AMERICANO FADUJUBA MAYO 1989 ARQUITECTURA PRECOLOMBINA



Este número de los Cuadernos nace de la realidad de una Facultad en la que no hace más que hablarse de la "identidad latinoamericana" y en la que no existen sino intentos aislados y asistemáticos por conocer efectivamente las arquitecturas y las culturas latinoamericanas.

En el caso de la arquitectura y la ciudad precolombinas, en el inicio de la carrera se ven algunas cuestiones, pero son casi inexistentes los materiales accesibles a los que los estudiantes puedan acudir.

En este intento por comenzar a cubrir tamaños huecos hemos editado:

"La organización espacial durante el período precolombino" de Jorge E. Hardoy; "La urbanización prehispánica" de D. Schávelzon; "Conjunto urbano y modelo residencial en Tenochtitlan" de E. Calnek; "Arquitectura Inka" de Gasparini y Margulies; "Arqueología de los inkas del Kollasuyu" de R. Raffino y "Argentina y Chile del 700 al 1500" de A. M. Lorandi y Schávelzon. Todos los materiales de este número han sido seleccionados por Daniel Schávelzon.

CULTURAS PREHISPANICAS EN EL AREA SUR DE SUDAMERICA.
ARGENTINA Y CHILE: DEL 700 al 1500 DC
Ana María Lorandi y Daniel Schávelzon

Trabajo a ser publicado en el vol. IV de la History of the Scientific and Cultural Development of Mankind, UNESCO, bajo la dirección general de Charles Morazé, 1987.

Introducción

Los desarrollos culturales del norte de Chile y de Argentina se encuentran fuertemente ligados a los procesos surandinos de Bolivia y del Perú actual. De toda esa región, el noroeste argentino, más abierto a la penetración socio-cultural de las tierras bajas chaqueñas, mostró a lo largo de los siglos diversos síntomas de diversificación que le confirieron un carácter peculiar. El área andina meridional abarca hasta el sur de Mendoza, incluyendo de esta forma a la región de Cuyo, que es el área sur de transición cultural y ecológica ya que se enlaza con los cazadores-agricultores patagónicos, y con las sierras centrales de Córdoba. A pesar de que las altas cumbres andinas lo separan de los valles centrales de Chile, no lo aíslan culturalmente, como se demuestra por las investigaciones arqueológicas. Esta confluencia cultural se prolonga a lo largo de los siglos.

El área chaqueña y el litoral conforman en cambio dos regiones diferentes. Los desarrollos son menos pronunciados, el sedentarismo se encuentra relativizado por el medio ambiente, los ríos navegables son vías de comunicación y migración fácilmente dominables. Es así que la extensa llanura central del país, boscosa hasta Córdoba en tiempos prehispánicos, representa realmente un área de transición ecológica y cultural.

La pampa bonaerense y la patagonia forman a su vez otro ámbito ecológico y social. Fue la región donde sólo parcialmente se alcanzó un nivel agrícola y donde la caza fue la actividad predominante. En efecto, este modo de subsistencia implica un relativo nomadismo, probablemente

asentado regional y estacionalmente, pero lo cierto es que los asentamientos permanentes sólo aparecen con certeza en épocas coloniales. Por lo tanto, si debemos hablar del período que abarca desde el año 700 hasta la conquista hispánica, aquello que da carácter al desarrollo cultural se encuentra fundamentalmente en el noroeste argentino y área cuyana, parcialmente en Córdoba y el litoral. El resto en buena medida son procesos que no cambian en su esencia desde varios siglos antes de esa fecha (Gonzalez y Perez 1975).

Las tierras altas del norte de Chile y los valles transversales confieren también una unidad con el altiplano, a través del cual descienden hacia la costa y el mar que integran de esa manera un circuito de interacción con grandes potencialidades para las poblaciones humanas. El sistema de control vertical se impone naturalmente y forma parte del cosmos étnico desde períodos tempranos. Ya sea por transhumancia, ya sea por la instalación de colonias, los diversos pisos ecológicos y sus productos fueron sucesiva y simultáneamente explotados por unidades étnicas que cerraron así un circuito de autosuficiencia basado en la complementariedad (Nuñez Atencio: 1978).

El norte argentino presenta las mayores variables culturales de toda la región, que resultaron en estructuras sociales y patrones de asentamiento más originales; fue donde el control vertical y la diversificación del riesgo por apropiación horizontal de predios agrícolas o tierras de pastoreo, permitió una gran circulación cultural a nivel regional. No obstante, por razones que son poco claras pero que en principio pueden vincularse a las influencias y migraciones llegadas desde las tierras bajas chaqueñas, los lazos con los grandes centros de poder de los Andes, como Tiwanaku, aparecen más diluidos o mediatizados que en el norte de Chile. Es más, muchas de estas influencias llegan desde los oasis y valles del llamado Norte Grande de Chile, en especial desde San Pedro de Atacama.

El altiplano meridional es más árido y salitroso que el septentrional, donde en torno al lago Titicaca se concentra la mayor cantidad de población andina. Las instalaciones en la puna argentina y chilena deben refugiarse en oasis, pequeñas áreas fértiles. Las quebradas y valles que conectan la puna por sus dos vertientes se convierten de esa forma, no sólo en áreas de circulación, sino de establecimientos humanos. Los valles medios occidentales y las desembocaduras de los ríos en la costa conforman los ámbitos más densamente poblados en todas las épocas del desarrollo regional de Chile.

En general en el llamado Norte Grande de Chile, hallamos -además de los oasis de la Puna tales como San Pedro o Pica-, los valles transversales del área de Arica, donde los de Azapa y Camarones se hallan entre los más importantes. El borde sur de esta región está señalado por el río Loa, de larga historia cultural. Hacia el sur se extiende el desierto de Atacama y más adelante comienzan los valles transversales del Norte Chico, donde tendrán lugar otros procesos diferentes. El período agrícola más temprano se caracterizó por la llamada cultura Molle y posteriormente los asentamientos con alfarería ciagueta-chileno serán los testimonios de las poblaciones etnohistóricamente designadas como los chile o chilli que ocupaban desde Coquimbo hasta Santiago.

En el noroeste argentino la concentración de población en la Puna se restringió principalmente a su borde oriental y en menor grado a

las quebradas por las cuales se accede a los valles centrales -más fértiles y templados- y que fueron los ámbitos predilectos para los asentamientos humanos. Estos valles o quebradas amplias son las Quebradas de Humahuaca y del Toro, los valles Calchaquies (Calchaquí y Santa María) y hacia el oriente el valle de Salta, más amplio y con condiciones ecológicas que en tiempos prehispánicos fueron menos aptas a causa de los pantanos. Hacia el sur las sierras se distancian y dejan entre sí grandes bolsones o pampas, cuyos fondos son desérticos o salitrosos. Ante estas condiciones, la ocupación se recuesta en los faldeos de las sierras o en su pie de monte, buscando las tierras mejor irrigadas.

La frontera oriental nos ofrece un ambiente de gran potencialidad económica: las sierras sub-andinas, que se continúan hacia el sur en las Cumbres Calchaquies, Aconquija, Ambato, Alto y Ancasti, y que presentan gran variedad de pisos ecológicos. En sus alturas, por encima de los 3000 metros, hallamos extensas praderas excelentes para el pastoreo y quebradas y agua suficiente para el cultivo de papas y maíz, sobre todo en Pampa Grande, Tafi, Campo de Pucará, Ambato y en el norte en las sierras de Santa Victoria e Iruya. Se comunican por el oeste con los valles centrales, de los cuales ya hemos destacado su potencialidad económica; y por el este sus laderas boscosas son reservorios riquísimos de maderas, plantas medicinales y tintóreas y también de alucinógenos. Luego, se encuentra la extensa llanura chaco-santiagueña, surcada por dos grandes ríos, el Dulce y el Salado, a cuyos bordes y en los sectores interfluviales se concentró una considerable población de características mixtas andino-chaqueñas, que representa sin duda un cul-de-sac tanto étnico como cultural.

Los desarrollos culturales a partir del año 700 de la Era Cristiana

El área de los valles y punas del Norte Grande de Chile, en especial Arica y San Pedro de Atacama, se encuentran fuertemente ligados a las culturas altiplánicas, entre otras a Pukará y Tiwanaku. Pukará influye especialmente en los valles costeros en épocas tempranas, dejando paso después a las relaciones con los tiwanakenses. Estos establecieron colonias en diversos valles de la costa peruana sur y en Arica, y aparentemente mantuvieron relaciones más bien comerciales con San Pedro de Atacama. El desarrollo de San Pedro no es en sí mismo dependiente de los grandes centros: sus patrones alfareros, las tabletas y cucharas de madera y los tejidos que lo caracterizan muestran señales de autonomía y regionalidad restringida. Los objetos importados del norte, o aquellos que provienen de la Puna y valles de Argentina prueban que San Pedro fue un centro redistributivo tanto de bienes como de rasgos culturales. En las tumbas de San Pedro se han hallado, junto a sus cerámicas rojas o negras, diversas piezas provenientes de los valles centrales como Condorhuasi, o de tipo Isla de la Quebrada de Humahuaca. Todo ello formando un complejo encaadenado de asociaciones con lo local y lo Tiwanaku, generalmente datados en torno al 800 d.C. (Tarragó, 1977). En Arica, la influencia altiplánica en las aldeas del período medio se inicia en la época de Pukará, manifestada en la fase Alto Ramírez. Mas tarde, la cerámica Las Maitas pertenece ya al período Tiwanaku.

Sin duda el acceso del norte a estos valles tuvo gran significación económica: el maíz, ají, algodón, y el pescado de la costa,

permitían obtener los recursos complementarios a la papa y el ganado producidos en las tierras altas. En esta época, por lo tanto, es evidente que ya sea por colonización, ya sea por intercambios, los patrones de subsistencia y obtención de excedentes estaban en plena expansión. Sólo así se comprende el surgimiento de un centro tan importante como Tiwanaku, que debió explotar estas áreas subsidiarias para poder consolidar un poder político y religioso de tanta envergadura. Nos hallamos así en una época donde excedente, desarrollo aldeano y principios de urbanismo en la zona, convergen para consolidar centros de poder que se enriquecen mediante la explotación de áreas marginales y relativamente dependientes.

En el noroeste argentino, entre el año 650 y el 1000 hallamos un período denominado Período Medio, cuya principal manifestación cultural es la expansión del complejo ideológico de Aguada. Esta fue definida como cultura (González, 1964), se desarrolló a partir del complejo Alamito del Período Temprano ubicado en la franja oriental del noroeste, y se expandió luego a toda la región. Es probable que se haya superpuesto, provocado procesos de aculturación y parcialmente convivido con los portadores de la cultura Ciénaga del centro de Catamarca, y que haya perdurado y también convivido con manifestaciones culturales propias de otros grupos, tal vez de origen no andino, que penetraron en la región con un patrón propio que se desarrollaron a partir de viejos componentes culturales.

Aguada parece distribuirse más bien como una ideología que como una manifestación cultural uniforme; una ideología ligada a rituales específicos en torno al felino, y con fuertes características guerreras, tales como se manifiestan en la iconografía. La complejidad de la decoración y las formas oníricas que en ocasiones adquiere, muestran la existencia de cultos shamánicos preeminentes. Es probable que guerra y culto fueran los factores de cohesión y coerción social utilizados por una cierta élite que disponía de recursos excepcionales. En cada región, la decoración basada en este universo ideológico toma formas particulares. La alfarería negra incisa predomina en el valle de Hualfin, la pintada y la incisa se encuentran en el Ambato, donde aparecen grandes urnas con personajes adornados con pinturas corporales o máscaras felínicas y grandes narices en forma de gancho, mientras en el norte de La Rioja, predominan las piezas con decoración policroma. La compleja simbología, cuyos elementos guías están representados en la iconografía de la cerámica, el metal y el trabajo de la madera, indican la influencia directa de Tiwanaku. Estos elementos son: el personaje de los dos cetros, el guerrero-sacrificador con hacha y cráneo trofeo, guerreros con grandes tocados o máscaras de felino, figuras de felinos con garras y colmillos, el felino-serpiente, el felino-pájaro, el felino con cabeza humana y el uso abundante de cruces.

La alfarería en la cultura de Aguada alcanzó el más alto desarrollo técnico de la región, existiendo varios tipos diferentes encontrados tanto en los sitios de habitación como en los basurales. Se diferencian los decorados con pintura y los grabados. En los primeros existen los tipos llamados Aguada Bicolor, dibujos negros sobre fondo amarillento rojizo, Aguada Negro, Aguada Rojo y Aguada Tricolor, de dibujos negros y púrpura sobre fondo natural. Los motivos decorativos pueden ser geométricos o con figuras felínicas, de mar-

cada fuerza expresiva. Las formas más comunes son jarros cilíndricos, troncocónicos, ollas globulares o subglobulares y puucos de perfil compuesto cuadrados o semiesféricos. Aparte de los recipientes existen figuras antropomorfas del mismo material, de color amarillento rojizo. En general son imágenes desnudas, caracterizadas por sus grandes ojos oblicuos y complejos peinados; las piernas y los brazos se reducen a simples muñones.

La mayoría de las figurillas están representadas de pie, predominando las masculinas, aunque a los caracteres sexuales se les da poca énfasis. Los rasgos anatómicos están hechos por el sistema de pastillaje. También modeladas en arcilla se conocen pipas decoradas con figuras fantásticas, rostros humanos o imágenes felínicas, diabólicas o monstruosas que debieron usarse como incensarios. En piedra se destacan las estatuillas humanas de piedra blanda, muy bien terminadas, a menudo réplicas de las figurillas de barro. Son chatas y de amplio grado de frontalidad. Hay vasos cilíndricos o keriformes, tallados en saponita, y en la decoración se destacan las omnipresentes figuras de felinos o de guerreros con complicados tocados y portando cabezas trofeo y hachas.

En la metalurgia amplían y perfeccionan la técnica del vaciado de piezas de singular belleza: sobresalen las hachas adornadas con figuras draconiformes, en otras la imagen del felino dibujada en la hoja. La expresión artística de más alto nivel la representan los llamados discos, con un logrado equilibrio en la combinación de los diferentes elementos simbólicos que integran la imagen. El disco conocido por el nombre de Lafone Quevedo, quien lo dio a conocer, muestra un personaje central que luce lujosos atavíos en el pecho y en la cabeza y está flanqueado por dos felinos colocados sobre sus hombros, que se prolongan hacia abajo con formas draconiformes. Es quizás el caso más destacado de este tipo de arte.

El patrón de instalación humana continua siendo aldeano, si bien en Ambato se encuentran poblados con montículos ceremoniales que recuerdan los de Alamito, del período anterior. En el norte de La Rioja hay conjuntos aldeanos complejos, con viviendas construidas en piedra y muy poco estudiados hasta el momento. Sin duda la estructura política debió favorecer la existencia de artesanos especializados. Esto es particularmente evidente por el nivel técnico y artístico de la metalurgia del bronce, que exige una dedicación de tiempo completo o semicompleto. En el resto del noroeste argentino, el patrón aldeano del período temprano continuó vigente. Existen sitios datados en esta época, tales como Santa Ana de Abrolaite en la Puna septentrional (Krapovickas, Castro, Pérez Meroni y Crowder, 1979), y la fase Cerro Colorado de Yavi (Krapovickas, 1977). Ambos sitios se encuentran en la Puna nororiental y no muestran relaciones con los de la Puna meridional, como Laguna Blanca y Tebenquiche, excepto en el patrón de instalación que sigue siendo el de la aldea vinculada a campos de cultivo, con terrazas de cultivo como en Santa Ana o montículos como Cerro Colorado y Pozuelos.

En general no existen patrones estilísticos comunes en la alfarería, y los diseños son geométricos en su mayor parte. Con certeza fueron comunidades con buenas cosechas, pero con un marcado énfasis en el pastoreo. No parecen haber integrado grandes unidades políticas y muestran patrones de asentamiento que reflejan a las típicas

sociedades segmentarias puneñas, que no cambian mayormente sus características a pesar del transcurso de los siglos.

En la Quebrada de Humahuaca, por el contrario, se perfila el proceso de cambio de pequeña a gran aldea, con mayores elementos estructurales en el uso del espacio, posiblemente asociados con una mayor complejidad del patrón político. Estamos en los albores de la formación de pequeños núcleos de poder que disponían de predios diversos, localizados a distintas alturas, pero que también diversificaban riesgos utilizando el patrón horizontal en sus derechos a las tierras. Patrón que pudo tener mucho que ver con las relaciones sociales, intercambio de mujeres o asociaciones más simbólicas y rituales que propiamente políticas.

En el extremo sur del área andina, encontramos en el norte de la región cuyana las manifestaciones de Aguada, especialmente en San Juan. Allí, los poblados ubicados en el fondo de los valles presentan viviendas construidas con grandes adobones, que la erosión ha destruido. En el resto de Cuyo, continúa un patrón post-Arcaico o Temprano característico de la cultura Agrelo, que muestra vinculaciones estilísticas con el complejo Molle del centro y Norte Chico de Chile.

Proceso regional tardío (1000-1480)

El tránsito entre los períodos Medio y Tardío en el área central del noroeste argentino debió estar signado por profundos cambios poblacionales. En las áreas restantes es difícil predecir situaciones semejantes, aunque en el norte de Chile tal vez se haya intensificado la ocupación de los valles costeros por las poblaciones altiplánicas. La presencia de poblaciones y rasgos culturales provenientes de las tierras bajas en el área central, debió producirse por sucesivas oleadas de aproximación y trasvasamiento de sus fronteras.

Entre los años 800 y 1000 d.C., una vez desaparecido el predominio de Aguada, surgieron varios complejos regionales que ya marcaron los grandes cambios que se podrían observar en los siglos posteriores. En general, estos desarrollos regionales como los de Sanagasta, Hualfín, Angualasto y San José, están definidos por elementos estilísticos de la alfarería que se generan a partir de viejos patrones que habían perdido potencialidad a causa del impacto de Aguada.

En términos generales, el período se caracteriza por un avance tecnológico en todos los aspectos, una mayor densidad de población, y la formación de unidades culturales que se expanden a lo largo de cada uno de los valles principales, en especial en Hualfín, valles Calchaquíes y Quebrada de Humahuaca. A pesar de la unidad cultural que muestran estas expansiones, no obstante sus variaciones internas, o a causa de ellas, la estructura política no parece haber presentado la misma amplitud espacial. Se organizan jefaturas de ámbito territorial reducido, y bases tributarias que comprenden de dos o tres a once pueblos cada una. La existencia de fortalezas en el interior de los valles, a la vista unas de otras, y los datos coloniales que reflejan los constantes conflictos, revelan la perduración de una organización relativamente atomizada. Pero esto no impidió el desarrollo de asentamientos estables, la construcción de pueblos

grandes con viviendas en piedra, y muchas veces amuralladas; de centros ceremoniales de cierta envergadura, aterrazamientos muy extensos como el de Coctaca y el control del riego en escala creciente.

Muchas de estas comunidades de los valles instalaron colonias en las tierras altas del Aconquiya, en Pampa Grande, en la Sierra de Santa Victoria, desde las cuales a su vez controlaron las laderas boscosas del oriente. Hacia la Puna, mantienen relaciones con zonas de pasturas y salares, penetrando por las quebradas de acceso. Así, estas poblaciones ampliaron la base productiva de sus recursos. La concentración de población en forma semi-urbana, es notable en la Quebrada de Humahuaca, en los valles Calchaquies y en Hualfín, donde la arqueología ha creado entidades culturales denominadas culturas Humahuaca, Santa María y Belén respectivamente. Hacia el sur, la cultura Sanagasta presenta menos cantidad de establecimientos conglomerados, predominando en cambio el patrón aldeano y las instalaciones en campos de cultivo.

En el sector nororiental de la Puna, la cultura Yavi Chico fechada entre el 930 y 1460, se localiza en la cuenca Yavi-La Quiaca que desagua en el río Pilcomayo. Estas entidades culturales muestran rasgos que las vinculan con las poblaciones Chichas del sur de Bolivia. Su patrón de asentamiento varía entre semi-conglomerado y conglomerado. La cerámica muestra también relaciones estilísticas con los complejos poco conocidos de Santa Victoria por el este y Pozuelos al norte de la Puna (Krapovickas, 1983).

Es difícil desde el punto de vista arqueológico establecer cual fue el alcance y cómo se instrumentó el intercambio y el abastecimiento en las sociedades del período tardío. No hay claras evidencias de que haya existido una organización de mercado, ni siquiera en el poblado de Tastil, quizás uno de los más grandes de esta etapa (12 has.). Se ha visto en estos conglomerados la tendencia hacia la especialización de funciones, como la fabricación en gran escala de tejidos que podrían haber atraído algún tipo de intercambio mercantil local. Como lo expresa Ottonello: "Sin embargo, incluido el caso de Tastil, la situación general parece haber respondido a la que imperaba en el resto del área andina nuclear y en especial en las tierras altas meridionales, que fue la búsqueda de la autosubsistencia a partir del control de un máximo de pisos ecológicos, cuya producción diversificada completaba la del ámbito nuclear" (Ottonello y Lorandi, 1987). Como ya vimos, esto se manifiesta en el caso de las poblaciones santamarianas; lo mismo sucede con las de la Quebrada que extienden sus relaciones hacia la Puna y las sierras subandinas, o las poblaciones de cultura Belén, en el valle del Hualfín, con enclaves en las proximidades de Antofagasta en la Puna meridional.

Los asentamientos tardíos en la Puna se concentran en la cuenca de Guatayoc-Salinas Grandes, en altitud que excede los 3500 metros. Los conglomerados de la Puna se asocian a extensas áreas preparadas para el cultivo en ladera y sin duda a una importante actividad pastoril; la Puna constituye un ámbito de tránsito que vincula los valles y quebradas con el área atacameña, pero lo que es notable, esta vinculación parece menos intensa con el altiplano meridional.

En forma sorprendente, las relaciones más fuertes entre las culturas del sur de Bolivia -donde predomina el llamado Horizonte Tricolor del Sur- y el noroeste argentino, se manifiestan a través de la

presencia de conjuntos iconográficos que se encuentran asociados a las tierras altas orientales de la región y se expanden fuera del ámbito andino, hacia las tierras bajas chaco-santiagoñas. Entre ambas regiones ligadas por ciertos complejos decorativos, existe un vacío espacial que no permite por el momento apreciar las relaciones de continuidad geográfica, ni explicar claramente este fenómeno. Pero, una vez más, notamos que las alturas del Aconquiya muestran esas relaciones con las culturas altiplánicas aunque en un sentido generalizado, puesto que no pueden atribuirse contactos o relaciones específicas con ningún complejo cultural en particular.

Este cordón con las tierras altas de Bolivia debió encontrar dificultades para penetrar hacia el interior de los valles y quebradas, donde las unidades políticas, a pesar de sus conflictos internos, lograron sostenerse con relativa independencia cultural. Esto permite encontrar rasgos propios, tales como la frecuencia de entierros en urnas o la construcción de cistas múltiples para sepultar adultos, generalmente acompañados de ajuar abundante. Con frecuencia conforman verdaderos cementerios, aunque la inhumación en los patios de las aldeas o en las mismas viviendas puede ser el rasgo característico en la Quebrada de Humahuaca y del Toro. En la Puna, las sepulturas en huecos o pequeñas cavernas en las laderas, es la única zona donde puede hallarse este rasgo tan típicamente altiplánico. La metalurgia adquirió singular desarrollo en los valles centrales, en especial la del bronce, que alcanzó niveles técnicos óptimos. No obstante fue utilizado fundamentalmente para objetos rituales, entre los cuales los discos con diseños antropo-zoomorfos son muy característicos de este período.

Las tallas de madera, hoy generalmente desaparecidas, ocupaban lugar preeminente en los sitios rituales. Maderas pintadas y vestidas representaban sus dioses tutelares y también, como en todo el mundo andino, los cultos a los cerros formaban parte predominante de la cosmografía regional. La alfarería en términos generales pierde calidad, pero hay excepciones notables, en especial las de los grupos de Santiago del Estero y del Tucumán prehispánico, que serán luego muy apreciadas por los incas.

Las urnas funerarias utilizadas en los entierros de párvulos compiten con formas de menor talla y gran profusión de formas, según las regiones. Urnas y pucos prevalecen en Santa María y Hualfín, en tanto los jarros y formas más variadas caracterizan el universo alfarero de la Quebrada de Humahuaca. La cerámica negra prácticamente desaparece, dejando lugar a decoraciones bi o tricolor con diseños que varían de región en región.

En las sierras subandinas y en Santiago del Estero los patrones de asentamiento tardíos se adaptan a las condiciones boscosas de estas áreas. En Santiago se estructuran aldeas que fueron fechadas desde el 800 d.C. y continúan sin grandes cambios hasta la época hispánica (Lorandi, 1978). La acumulación de viviendas y desechos de actividad formaron montículos que se integraron en conglomerados aldeanos, entre los cuales se construyeron represas para la conservación de las aguas de avenidas y de lluvia. Adultos y niños fueron enterrados en urnas o simplemente en el fondo de los montículos, aparentemente sin ajuar de material no perecible.

El norte de Chile aumenta en esta época su dependencia de los reinos y señoríos altiplánicos. Por un lado existieron señoríos costeros

con asentamientos aldeanos importantes, cuya alfarería característica confirman los estilos San Miguel, Pocomo y Gentilar. Por otro lado habrían existido cacicazgos o confederaciones Urco (altiplánicas) con derechos o vínculos especiales en estos valles costeros, articulando de esa forma un amplio espacio social y ecológico. Redes complejas de relaciones ponían a las poblaciones Uma de los valles del oriente en relación con los productos de la costa pacífica.

La mayor parte de la información sobre este período de los valles de la región de Arica proviene de los cementerios. Las extraordinarias condiciones de preservación permitieron acumular información muy rica en base a los ajuares de las sepulturas; en cambio los datos sobre los asentamientos tardíos son más escasos. Existen sin embargo algunos sitios de los cuales se desprende claramente el patrón de poblamiento y las relaciones interecológicas e interculturales entre las tierras altas y la costa. Los valles medios son escalas importantes en el tráfico entre ambas regiones. Muestras de ello hallamos en Huancarane, en el valle de Camarones (Niemeyer, H. y V. Schippacasse, 1981) o en el Cerro Sombrero en el valle Azapa (Muñoz Ovalle, 1981). En ambos casos el material de los recintos demuestra que se trata de establecimientos importantes, con silos para almacenar alimentos, o centros cúltricos, pero donde el predominio es local. La alfarería altiplánica o bien ocupa sobre todo sectores específicos como en Huancarane, o es intrusiva como en Cerro Sombrero. En ambos casos los productos de origen costero, como maíz o ají, compiten en proporciones similares con los propios de las tierras altas.

El período tardío en los oasis de la Puna es relativamente mal conocido. Es interesante notar que recientes investigaciones en las nacientes del Loa, en Toconce, han revelado allí la existencia de un patrón netamente altiplánico (Castro et al, 1977). Sobre todo debemos destacar que el ritual mortuario en chullpas presenta muchas similitudes con los practicados por los aymaras. Si bien son comunidades de pastores, hay aterrazamientos y otros indicadores como las palas o azadas de madera, que señalan prácticas agrícolas. Es importante remarcar que las estructuras tipo chullpas que se encuentran en Toconce, están ausentes en la Puna argentina, mostrando así que los mayores contactos entre el altiplano del centro y la Puna se orientan hacia el lado chileno.

Si pasamos ahora al extremo sur del área andina, en Cuyo o a las sierras centrales, veremos que los cambios con respecto al período anterior parecen poco apreciables. El patrón de pequeños conjuntos dispersos testimonia todavía la presencia de sociedades segmentarias. En el norte predomina un estilo cerámico llamado Angualasto y en el centro sur de Mendoza la cultura Viluco.

En Córdoba, los asentamientos dispersos, a veces con viviendas semisubterráneas, caracterizan el complejo cultural de los comechingones históricos. Alfarería incisa, figurillas y puntas de hueso, forman parte de un contexto poco variado y propio de economías mixtas, con fuerte énfasis en la recolección y la caza, aunque sin desmerecer el nivel agrícola de estas poblaciones.

En esta región es notable la amplia variación que se produce entre los desarrollos culturales contemporáneos. Como muestra de los altos niveles alcanzados, podemos reseñar algunos aspectos: Belén, así denominada por haberse encontrado los mayores hallazgos alrededor de la población catamarqueña del mismo nombre, es una cultura que fue cambiando con el tiempo. En el patrón de poblamiento se reconocen tres fases, la primera de casas-pozo de tipo comunal que debían habitar tres o cuatro familias, de 17 por 20 m., formando pequeños grupos de cuatro o cinco de ellas; en la etapa siguiente aparecen casas aisladas con paredes de piedra, y posteriormente estas viviendas se agrupan para constituir centros semiurbanos, la mayoría de los cuales se ubican en lugares estratégicos. Las casas son unidades formadas por varias habitaciones de planta rectangular que se comunican con el exterior por puertas estrechas. La metalurgia tuvo un desarrollo parejo con la santamarina. Son frecuentes los discos de metal utilizados como escudos; los hay lisos y decorados. En bronce fabricaron hachas, manoplas y campanas hechas con la técnica del vaciado. Lo más característico son los pequeños colgantes rectangulares de metal, que en el borde superior presentan dos figuras zoomorfas enfrentadas. Se destacó aquí también la alfarería, por lo general de pasta roja -por haberse cocinado en atmósfera oxidante-, siendo la forma tipo la urna para párvulos. La altura oscila entre los 35 y 40 cm. y se divide en tres secciones: la base de tronco truncado, el cuerpo cilíndrico o ensanchado y el cuello expandido hacia afuera. Son de pasta compacta, bien cocida, de color rojo intenso, están pintadas con líneas negras sobre pintura roja y los motivos decorativos son geométricos, en bandas horizontales, respetando las tres secciones. Las víboras de dos o más cabezas y animales fantásticos quizás tengan algún significado simbólico.

La cultura Santamaría es una de las mejor conocidas en la actualidad. El patrón de poblamiento tuvo diferentes etapas: en los comienzos los pobladores habitaron en grandes casas comunales y la población debió estar dispersa en los campos y constituida por familias extensas. Posteriormente, apareció la aldea formada por agrupación de casas, de planta rectangular con paredes de piedra, que al aglutinarse constituyeron verdaderos núcleos urbanos. Estas aldeas estaban ubicadas en sitios altos, protegidos con muros de defensa o aprovechando las laderas escarpadas de los cerros. Para la última etapa, se puede tomar a la ciudad de Loma Rica (Catamarca) como modelo; ésta cuenta con 210 habitaciones y espacios abiertos tipo plazas. Los muros son anchos, de manera que pudieron servir para caminar sobre ellos, y algunas de las viviendas carecen de puertas, por lo que la entrada debió estar en la cubierta.

El elemento diagnóstico más común es la alfarería: en la decoración de ésta predomina la pintada, bi o tricolor, no existe incisión y el modelado y grabado se da sólo en piezas excepcionales. Un rasgo típico es la decoración en la cual el espacio es totalmente cubierto por unidades geométricas. El tipo característico es el llamado Santamariano: las urnas grandes de este estilo constan de tres secciones, una base cónica abierta, el cuerpo ovoide y el cuello casi cilíndrico que tiende a abrirse. La altura ronda los 50 a 60 cm. y las asas se ubican entre la base y el cuerpo simétricamente. Uno de los motivos

decorativos inconfundibles son las dos caras más o menos humanoides, que se encuentran a cada lado del cuello; el rostro tiene largas cejas y ojos oblicuos, y la boca es pintada o en relieve. En algunas, en el cuerpo aparecen brazos modelados que se juntan hacia el centro del pecho sosteniendo a veces un recipiente, y pueden estar pintados o en relieve. Los motivos decorativos geométricos rellenan los espacios libres. Hay cierto número de elementos antropomorfos, de figuras de batracios muy estilizados o representaciones del ñandú; las serpientes son también imágenes frecuentes en la decoración.

Otros estilos son el Yocavil Polícoloro y el Yocavil Rojo sobre Blanco. Las formas son en general pucos o keros, algunos con saliente zoomorfo en el borde. Los pucos están decorados en la parte interna, donde se distingue la figura de un ave estilizada.

La metalurgia tuvo gran desarrollo. Existen gran cantidad de piezas de metal fundido: discos, pectorales, hachas, manoplas y campanas. El exponente de más calidad artística es el disco circular. Su decoración contrasta con la severa y abigarrada de las urnas; aquí las superficies son tersas y abiertas, y hay pureza en las líneas. Los diseños son figurativos, como cabezas humanas, serpientes, figuras antropomorfas y la combinación de estas. En la cara opuesta no tienen decoración, sino dos agarraderas que servían de asa para colocar un brasal. Seguramente su posesión simbolizaba poder y jerarquía para quien lo llevaba.

La Quebrada de Humahuaca fue la gran vía por la cual las zonas bajas de los Bosques Subtropicales lluviosos, próximos a San Salvador de Jujuy, se abrían hacia la Puna y el Altiplano boliviano. En ella tuvieron lugar un activo comercio y desplazamientos étnicos, desde épocas antiguas. El patrón de poblamiento de esta cultura fue de viviendas aglutinadas localizadas en sitios estratégicos, con una población que se calcula en 200 habitantes; las habitaciones de planta rectangular son de paredes de piedra y se abren a espacios abiertos, tipo plaza. La cerámica tiene motivos decorativos pintados en color negro sobre fondo rojo. El llamado tipo Tilcara tiene una decoración realizada con líneas finas y delicadas. Las formas comunes son vasos con asas laterales, algunos de forma globular y ovoide con cuellos estrechos y asas horizontales, y otros carentes de cuellos. Los diseños son variados y complejos, de un estricto geometrismo dispuesto en franjas verticales u horizontales. Las superficies de triángulos, círculos o cuadrados se rellenan con líneas rectas. La metalurgia es escasa, la decoración pobre y la fuerza se concentra en la utilidad de la pieza. En hueso se destacan grandes cornetas grabadas con círculos concéntricos, objetos para usos textiles y recipientes para contener sustancias estimulantes.

Entre los objetos de madera están las llamadas tabletas de ofrendas, recipientes destinados al ceremonial. También cuchillones de uso agrícola, manoplas y campanas usadas en el pastoreo de la llama. Una costumbre funeraria muy extendida fue la de inhumar los cadáveres de adultos dentro de las viviendas en pequeñas cistas circulares en las esquinas de las habitaciones. Los párvulos se enterraban en ollas. El hecho de haberse encontrado individuos desprovistos de cabeza se relaciona con el culto de la cabeza trofeo. El ajuar de los muertos es muy variado, pudiendo ser muy rico o extremadamente pobre, lo cual demuestra diferencias sociales definidas.

minos a Bolivia, y el sitio más representativo de esta cultura es Santa Rosa de Tastil. La población fue de más de 2500 habitantes. Existen estructuras construidas con paredes de pirca seca de encasa altura que se abren a una superficie de 12 hectáreas. Las habitaciones son rectangulares, cuadrangulares o irregulares. Existen calles, plazas y cisternas donde enterraban a sus muertos, y no hay estructuras defensivas.

Lo destacable de esta cultura son los tejidos, puesto que llegó a ser un importante centro manufacturero y comercial de ellos. Las formas más comunes son los gorros, cuyo uso debió dar cierta jerarquización social. Eran de lana de llama o vicuña, y la técnica la del enlazado simple. Se utilizó el pelo humano, posiblemente como pelucas. Utilizaron la técnica del tapiz en logrados diseños; se destacaba el bordado con aguja sobre la superficie terminada y la decoración de telas gruesas con mechones de pelo humano. En el arte rupestre se encuentran petroglifos que llenan paredes de piedra o están grabados en la superficie de rodados de diversos tamaños. Los motivos son figuras de animales con largas patas y colas enroscadas, personajes antropomorfos, camélidos y algunos caracteres geométricos a base de líneas rectas.

En la Puna las particulares condiciones de sequedad de esta zona permitieron la conservación de objetos de madera y prendas de vestir fabricadas en material perecedero, tales como bolsas, peines, gorros o sombreros. El trabajo en madera es característico; se destacan las tabletas para absorber alucinógenos, decoradas con figuras antropomorfas o zoomorfas. Existen piezas cuyos bordes están incrustados con piedras semipreciosas. Acompañan a las tabletas tubos de hueso o de madera, decorados también. Entierran a sus muertos en las llamadas chullpas, pequeñas casitas similares a hornos adosadas a las paredes o grietas de las rocas. Se las ve en gran cantidad y calidad en las pictografías y petroglifos.

Un sitio singular es el poblado de Yavi. Tiene dos tipos de patrón de poblamiento: uno con habitaciones cuadradas y rectangulares de cimientos de piedra con mortero de barro, que sobresalen un metro del suelo; por encima del cimiento se levanta una pared formada por adobones de 30 por 60 cm. Estas habitaciones se encuentran en los campos de cultivo. El otro tipo es de habitaciones rectangulares con paredes de piedra. Los andenes de cultivo son extensos.

La alfarería es de buena pasta, con superficie pulida y decoración negra sobre fondo rojo. Los motivos son líneas finas y los diseños más comunes son reticulados de malla muy fina, círculos y triángulos que terminan en espirales que se enlazan. La forma típica es un vaso de cuerpo globular que lleva en el cuello una representación antropomorfa.

En la cultura de Sanagasta o Angualasto, el patrón de poblamiento se caracteriza por ser de comunidades dispersas. Los sitios carecen de habitaciones de paredes de piedra, pues éstas fueron construidas con material perecedero o de adobe, excepcionalmente. El trabajo en metal es inferior comparándolo con períodos anteriores. Existen algunos objetos en madera, particularmente tabletas y tubos. En hueso fueron trabajadas puntas de flecha y tipos o alfileres que llevan una figura en la parte superior y que sirvieron para sujetar mantos y vestiduras.

En las costumbres funerarias se encuentra la extendida práctica del entierro de párvulos en urnas. Los adultos fueron enterrados directamente en el suelo y con ajuar funerario relativamente pobre. El elemento característico es la cerámica y lo típico las urnas para niños,

que son grandes vasijas de alfarería de pasta gruesa, pintadas en dos o tres colores. Se acompañan de puucos que le sirven de tapas. Es posible distinguir dos tipos diferentes de urnas: la denominada San José Tricolor, cuyas características generales son un cuerpo cilíndrico con tendencia a cerrarse en la boca, asas acintadas, y borde con saliente horizontal pronunciada; la pasta fue cocida en atmósfera oxidante, la textura mediana y compacta, y la altura oscila entre los 36 y 45 cm. La decoración se da en dos sectores; en el cuerpo se alternan fajas verticales con diferentes motivos, siendo los más comunes suris, sapos, ruedas dentadas o rosetas y en la base líneas paralelas enroscadas, rellenas con trazos transversales, formando grandes figuras de S acortadas. Los motivos están pintados en negro sobre fondo rojo o blanco.

La denominada Shiquimil Geométrica se caracteriza por ser de factura tosca, forma más cónica, base de tendencia globular, borde menos pronunciado y más oblicuo, y asas de sección circular o semicircular. Los motivos geométricos están pintados en negro sobre rojo y blanco en la tricolor, y sobre rojo en la bicolor.

El período incaico

Las crónicas permiten suponer que el conquistador de estos territorios fue Topa Inca, a quien los indios del Tucumán, presionados por grupos nómades del Chaco y ansiosos de apropiarse de los valles centrales del noroeste argentino, ofrecieron su vasallaje (Lorandi, 1980). Los indómitos calchaquíes y parte de los diaguitas del sur, así como los chillis, ofrecieron resistencia. Esta fue dominada progresivamente mediante la introducción de grandes contingentes de mitmakuna traídos desde las cercanías del Cuzco (de Sicuani), o del altiplano meridional, o bien del mismo Tucumán prehispánico, siendo estos últimos instalados especialmente en los valles centrales de Catamarca. Esta política de introducir colonos exigió la construcción de numerosos centros administrativos que se jalonan a lo largo del camino troncal que atraviesa de norte a sur la puna y los valles calchaquíes, y de sus ramales más importantes e incluso de los secundarios.

En el Norte Grande de Chile, donde posiblemente los incas ejercieron un control indirecto a través de los reinos altiplánicos; la presencia imperial es relativamente escasa. No sucede lo mismo en el área de los valles transversales del Norte Chico y del Centro, donde como en el noroeste argentino la resistencia obligó a tener una presencia activa y vigilante. El control estatal cuzqueño alcanzó el centro de Mendoza, desde donde por el valle de Uspallata, se podía acceder al valle del Aconcagua.

La presencia inca en esas regiones es abundante: existen grandes centros administrativos y artesanales, en muchos de los cuales son evidentes los ushnus destinados a los parlamentos y a los rituales. Hay tambos de menor jerarquía y centros de altura. Hay importantes fortalezas que protegían al imperio.

La cantidad de mitmakuna instalados está revelada por la cantidad de estilos cerámicos alóctonos y su influencia en los locales, producida por el contacto de hombres que debían compartir los mismos espacios vitales y tareas comunes. Tal es la importancia de la alfarería extranjera que se puede llegar a pensar que buena parte de la explotación económica regional descansaba en esa mano de obra. En qué medida

las poblaciones locales fueron obligadas a cumplir con sus prestaciones y en qué medida las eludieron, es imposible de determinar por ahora. No existen establecimientos sistemáticamente excavados; recientemente se ha iniciado una investigación intensiva en un establecimiento denominado Potrero-Chaquiago, próximo a Andalgelá (Lorandi, 1983; Williams y Lorandi, 1985). En este caso la actividad artesanal fue prioritaria entre las funciones del establecimiento. Se identificó un acueducto que abastece a uno de los barrios donde se concentró la fabricación y depósito de alfarería. La explotación minera debió ser muy importante, en especial en Chile. De ambas regiones quedan registros en las crónicas, de caravanas que llevaban oro hacia el Cuzco en momentos de la entrada de Diego de Almagro en 1534.

La presencia inca se distingue con claridad en la alfarería. Esta refleja motivos incaicos, como aríbalos o aribaloides, y los platos playos que llevan asas con forma de cabeza y cola de pato. Existen hachas de metal que debieron usarse para la guerra, ya que tienen mejor filo y mayor efectividad que las que había en la región; el uso del metal con fines prácticos estaba muy extendido, al igual que la orfebrería en oro y plata para objetos de ofrenda, llamitas y figuras antropomorfas huecas y adornos. Muy comunes son las boleadoras y los rompecabezas de bronce, éstos últimos de gran poder traumático. Este uso intensivo de armas de bronce fue, posiblemente, uno de los factores que facilitaron la conquista incaica de esta gran extensión territorial.

BIBLIOGRAFIA

Bennet, W.C., Bleiler, E.F. y Sommer, F.H.

1948 "Northwest Argentine archaeology". Yale University Publications in Anthropology, 38, pp. 5-158, New Haven.

Castro, V., Berenguer, J., Aldunate, C.

1977 "Antecedentes de una interacción altiplano-área atacameña durante el período tardío. Toconce". Actas del VII Congreso de Arqueología de Chile, vol.II, pp. 477-498, Altos de Vilches, Chile.

Cigliano, Eduardo M.

1946 Arqueología de la zona de Sta. María (prov. de Catamarca). Revista del Museo de La Plata, Tomo 3, no. 17, La Plata.

1973 Tastil, una ciudad preincaica argentina, Cabargón, Bs.As.

1977 "Tastil: un modelo de ecología urbana del noroeste argentino", Asentamientos urbanos y organización socio productiva en la historia de América Latina, Ed. Siap, pp. 39-74, Bs.As.

Gonzalez, Alberto Rex

1955 "Contextos culturales y cronología en el área central del N.O. Argentino (notas preliminares)". Anales de Arqueología y Etnología, XI, Mendoza.

1956 "La cultura Condorhuasi del NOA". Runa, VII, pp. 37-85, Bs.As.

1961/4 "La cultura de La Aguada del NOA", Revista del Instituto de Antropología, II-III, pp. 203-253, Córdoba.

- 1963 "Cultural development in North Western Argentine", en Cultural Development in Latin America, pp. 102-117, Smithsonian Miscellaneous Collections, Washington.
- 1972 "The Felinic Complex in Northwest Argentina", en The cult of the Felina. Dumbarton Oaks Research Library and Collections, pp. 117-138, Washington D.C.
- 1973 "Máscaras metálicas del NOA", en Estudios dedicados al profesor Dr. Luis Pericot. Univ. de Barcelona, pp. 141-441, Barcelona.
- 1974 Arte, estructura y arqueología, Análisis de figuras duales y anatómicas del NOA, Bs.As., Nueva Visión, Col. Pichas.
- 1974 "Dinámica cultural del NOA", Trabajo presentado al XXXIX Congreso Internacional de Americanistas, Lima.
- 1975 "Northwest Argentine Pre-Columbian metallurgy: Historical Developments and Cultural Process", en Pre-Columbian Metallurgy of South America. Conferencia celebrada en The Center for Pre-Columbian Studies, Dumbarton Oaks, Washington.
- 1977 Arte precolombino en la Argentina. Filmediciones Valero Bs.As.

Gonzalez, Alberto Rex y Pérez, José Antonio

- 1975 Argentina indígena. Vísperas de la Conquista. Paidós, Bs.As.

Krapovickas, Pedro

- 1977 "Arqueología del Cerro Colorado (Depto. Yaví, Pcia. de Jujuy, Rep. Argentina)" Obra del Centenario del Museo de La Plata, II: 123-148, La Plata.
- 1983 "Las poblaciones indígenas históricas del sector oriental de la Puna", en Relaciones de la Soc. Argentina de Antropología, XV: 7-24, Bs.As.

Krapovickas, Pedro y otros.

- 1979 "La instalación humana en Santa Ana de Abra-laite (Jujuy)", en Relaciones, Soc.Arg. de Antropología, XIII: 27-48.

Lorandi de Ginas, Ana María

- 1966 "El arte rupestre del NOA", Dédalo. Revista de arte de arqueología, II, No. 4, Univ. de Sao Paulo, pp. 15-172.
- 1978 "El desarrollo cultural prehispánico en Santiago del Estero, Argentina", Journal de la Société des Américanistes, LXV:63-83, Paris.
- 1980 "La frontera oriental del Tawantinsuyu: el Umasuyu y el Tucumán. Una hipótesis de trabajo". Relaciones, vol. XIV, No. 1, pp. 147-164, Bs.As.
- 1983 "Mitayos y mitmaquna en el Tawantinsuyu meridional", en Histórica, vol. VII, No. 1, pp. 3-50. Pontificia Univ. Católica, Lima.
- 1984 "Pleito de Juan Ochoa de Zárate por la posición de los indios ocloyas. Un caso de verticalidad étnica o un relicto de archipiélago estatal", en Runa, vol. XIV, pp. 125-144, Instituto de Ciencias Antropológicas, Bs.As.

Madrazo, Guillermo, y Otonello de García Rainoso, M.

- 1966 "Tipos de instalación prehispánica en la región de La Puna y su borde", Monografía No. 1, Museo Dámaso Arce, Olavarría.

Muñoz Ovalle, Iván

- 1981 "La aldea de Cerro Sombrero en el período del desarrollo regional de Arica", Chungara, vol. 7, pp. 105-143, Arica.

Marquez Miranda, Fernando

- 1946 "Los Diaguitas: Inventario patrimonial arqueológico y paleo-etnográfico", Revista del Museo de La Plata, Nueva Serie, Tomo 3, pp. 5-300, La Plata.

Niemeyer, Hans, y Schiappacasse, V.

- 1981 "Aportes al conocimiento del período tardío del extremo norte de Chile: análisis del sector Huancarane del valle de Camarones", Chungara, vol. 7, pp. 3-104, Arica.

Núñez Regueiro, Víctor A.

- 1970 "The Alamito Culture of Northwestern Argentina", American Antiquity, vol. 35, no. 2.
- 1971 "La cultura del Alamito de la subárea valliserrana del NOA", Journal de la Société des Américanistes, vol. LX, pp. 7-62, Paris.
- 1974 "Conceptos instrumentales y marco teórico en relación al análisis del desarrollo cultural del NOA", Revista del Instituto de Antropología, vol. V, pp. 169-190, Córdoba.

Otonello, Marta, y Lorandi, A.M.

- 1987 10.000 años de Historia Argentina. Introducción a la Arqueología y Etnología. EUDEBA, Bs.As.

Outes, Félix F.

- 1907 "Alfarería del NOA", Anales del Museo de La Plata, tomo I, pp. 5-52, Segunda Serie, La Plata.

Ryden, Stig

- 1936 "Archaeological Researches in the Department of La Candelaria", Etnologiska Studier, No. 3, pp. 5-39, Stockholm.

Tarragó, Myriam

- 1970/5 "Panorama arqueológico del sector Septentrional del Valle Calchaquí, Salta". Actas y Trabajos del Primer Congreso de Arqueología Argentina, pp. 221-235, Bs.As.
- 1977 "Relaciones prehispánicas entre San Pedro de Atacama y regiones aledañas: la Quebrada de Humahuaca", Estudios Atacameños, vol. 5, pp. 50-63, San Pedro de Atacama.

